6936

531.

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

Y

EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

MATRIMONIO CIVIL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

basada en el argumento de una obra francesa

POR

MARIANO PINA DOMINGUEZ

MADRID

EDUARDO HIDALGO, Cedaceros, 4, 2.° — FLORENCIO FISCOWICH, Pozas, 2, 2.°

1892

9

MATRIMONIO CIVIL

MATRIMONIO CIVIL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

BASADA EN EL ARGUMENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Estrenada en Madrid, en el TEATRO DE LARA, la noche del 5 de Octubre de 1892.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA CRUZ	Sra.	Valverde.
ANTONIA	»	Pino.
GABRIELA	»	Blanco.
VICTORIA	»	Molina.
UNA CRIADA	»	Fuentes.
ENRIQUE	Sr.	Arana.
TORCUATO	»	Rossell.
MANUEL	»	Mendiguchía.
BRUNO	»	Larra.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías *El Teatro*, de D. FLORENCIO FISCOWICH, y la *Administación lírico-dramática*, de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro por mitad de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Saloncito decentemente amueblado: piano en primer término á la izquierda: balcón en segundo.—Derecha ó izquierda, las del actor.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA y MANUEL

Aquélla sentada á la derecha, leyendo un periódico. Manuel sentado á la izquierda, repasando una Guía de Ferrocarriles.

ANT. (Leyendo.) «Teatro Real: *Hugonotes.*» ¡Siempre lo mismo! *Hugonotes, Traviata, Favorita...* ¡Qué pesadéz!

MAN. (Idem.) «De Sevilla á Cádiz, primera clase, dieciocho veinte.»

ANT. «Lara: *El padrón municipal* y *Pepa la Frescachona.*» ¡Vamos, ¡esto siquiera es nuevo!

MAN. «Correo... Sal... digo sale tres dieciséis T.»

ANT. ¡Y cómo me gusta el teatro de Lara! ¡Oh, la Compañía es de primer orden! ¡Qué Balbina y qué Rosario Pino! ¡Esta última me encanta!

MAN. «Lleg... digo llegada: siete treinta y seis noche.»

673607

ANT. ¿Qué hace usted, Manolito?

MAN. Estoy viajando, señora.

ANT. ¿Eh?...

MAN. ¡Decididamente me marcho en el correo! (Se levanta, dejando la Guía sobre el velador.)

ANT. (Levantándose.) ¡Cómo! ¿Se marcha usted?

MAN. Esta noche.

ANT. ¿Dónde?

MAN. A Cádiz.

ANT. ¿A Cádiz?

MAN. Y luégo á la Habana.

ANT. Pero ¿está usted loco?

MAN. No señora. Me voy con mi tío. A distraerme en el ingenio. Mi tío tiene un ingenio con cien negros bozales y ochenta negras marronas.

ANT. ¿Marcharse? ¿De repente? ¡Sin decirnos nada, sin avisar! ¿Qué le pasa á usted?

MAN. ¿Quiere usted saberlo? ¿Quiere usted que hable con entera franqueza?

ANT. ¡Lo exijo!

MAN. Pues este viaje que usted cree repentino pero que bulle aquí hace mucho tiempo, obedece á...

ANT. ¿A qué?

MAN. ¿Me permite usted que haga un poco de historia?

ANT. ¿De historia?

MAN. Sí, de historia contemporánea. Seré breve.

ANT. Siendo así, lo permito. (Se sienta á la izquierda. Manuel acerca una silla y se sienta á su lado.)

MAN. Hace seis meses... Más contemporánea no puede ser.

ANT. Adelante.

MAN. Hace seis meses, me encontré á Enrique una mañana en la calle de Carretas. Yo buscaba casa, es decir, quería cambiar la casa de huéspedes en donde comía muy mal, por otra casa análoga en donde pudiera comer mejor.

ANT. Pero esa historia la conozco muy bien. (Va á levantarse.)

MAN. (Deteniéndola.) Seré breve. Su marido de usted .. Creo que ya podemos darle ese título...

ANT. Todavía no.

MAN. Pues bien: su esposo de usted... toda vez que ya se han celebrado los esponsales, podemos llamarle esposo.

ANT. Llámele usted Enrique á secas.

MAN. Corriente. Pues Enrique á secas, íntimo amigo mío, antiguo compañero de colegio y hombre franco, leal, etcétera, etc., se empeñó en que yo había de vivir con él. Su mamá de usted, según me dijo, buscaba desde hacía tiempo un caballero solo. Enrique, á la sazón un hongo, acudió al llamamiento, y desde entonces vivían ustedes en familia. Tú... continuó diciéndome mi amigo, ocuparás el otro gabinete.

ANT. Siga usted.

MAN. Seré breve. Enrique me habló de usted, de su boda con usted, de la confianza que ya había con usted y con su mamá de usted. En una palabra: acepté la oferta y vine á vivir á esta casa, en donde fuí bien acogido y perfectamente alimentado.

ANT. Muchas gracias.

MAN. Se lo juro á usted. He comido muy bien. Hacen ustedes un cocido especial...

ANT. Otra cosa.

MAN. Tambien, sí señora. Las albondiguillas, riquísimas.

ANT. Digo, que á otra cosa.

MAN. ¡Ah, sí! Pues bien, señora. Voy á ser franco y categórico. Usted me fué en extremo simpática. Durante estos seis meses, la simpatía se trocó en amor...

ANT. ¿Eh? (Va á levantarse.)

MAN. Seré breve. Usted estaba comprometida á casarse con Enrique y yo no podía aspirar á tanto. Sufrí, callé, esperé, y en vista de que ya se han tomado ustedes los dichos y de que las bendiciones no tardarán en llegar, he resuelto separarme de usted, huir de su lado y sacrificar en aras de la amistad la pasión que empieza á dominarme.

ANT. ¿Es posible?

MAN. Fin de la historia contemporánea. (Se levantan.)

ANT. ¿Habla usted de veras?

MAN. ¡Y tan de veras!

ANT. Pero eso es una simpleza.

MAN. No señora. Estoy muy expuesto á engañar á Enrique y no quiero cometer tamaña ingratitud.

ANT. En ese caso, apruebo su conducta.

MAN. Si usted se prestase á ello le engañaría.

ANT. ¿Eh?

MAN. Digo, no. Tampoco. La amistad ante todo.

ANT. Vamos, vamos, destierre usted tales ideas y permanezca tranquilo á nuestro lado.

MAN. ¡Oh, Antonia, Antonia! ¿Por qué estaba usted comprometida cuando vine al otro gabinete?

ANT. ¡Já, já, já!

MAN. ¿Por qué no fuí yo el primer hombre solo que necesitó su mamá?

ANT. ¿Y qué quiere usted? ¡La fatalidad... las circunstancias!...

MAN. ¿No es verdad que podía usted haberme amado?

ANT. ¡Oh!

MAN. ¡Con franqueza!

ANT. ¿Pero se acabó la historia ó no?

MAN. Conteste usted como epílogo. ¿Me hubiera usted amado?

ANT. ¡Pchs!! ¡Quién sabe! ¡Todo es posible!

MAN. ¿Lo ve usted? ¡Adiós mi esperanza!

ANT. ¡Silencio! ¡Enrique!

ESCENA II

DICHOS; ENRIQUE, sale por la segunda puerta de la derecha con un papel de música.

ENR. No es posible trabajar en ninguna parte. Tu madre lo ocupa todo y lo trastorna todo.

ANT. Siempre habías de echar la culpa á mamá.

ENR. Naturalmente. Estoy trabajando en mi despacho, y se planta á cantar en la puerta. (Cantando muy fuerte.)

Zapatero... tero... tero...

Mete la lezna... por el agujero.

¡Vaya usted á componer música con tal sonsonete! Me marcho al comedor, y empieza á reñir con la criada. ¡Vaya usted á inspirarse oyendo decir á gritos que las chuletas están crudas y que el bacalao tiene mucha sal!

ANT. ¿Acaso pretenderías que no se ocupase mamá de los asuntos de su casa?

ENR. Lo que pretendo es que no me moleste, y, sobre todo, que no alborote. Para poner en agua el bacalao no es preciso arrojar el pulmón. Vengo á la sala, y cada diez minutos se presenta un desconocido, ó una desconocida, á ver el cuarto; porque (A Manuel.) has de saber que doña Cruz decidió dejarle, y para no perjudicar al casero plantó papeles en el balcón, haciéndonos víctimas de la curiosidad pública.

ANT. Desengáñate. Todo cuanto hace mamá te parece mal.

ENR. Porque todo está muy mal hecho. ¿Y sabes por qué se empeña en atormentarme? Porque ya me trata como suegra.

ANT. ¡Enrique!

ENR. ¡Nada! Sí señor. Lo repito. Desde que nos hemos tomado los dichos no hay quien la sufra.

ANT. ¡Bah!

ENR. Créelo, hija mía, créelo. Tú eres muy buena, pero tu mamá... tu mamá es de caballería.

ANT. ¿Oye usted esto? (A Manuel.)

MAN. Sí señora.

ANT. ¿Y qué dice usted?

ENR. ¿Qué ha de decir? Manuel no está en mi situación, ni es yerno en ciernes como yo. ¿Por qué no suprimirán las suegras de real orden? Pasan las epidemias, pasan los gobiernos, se hunden las monarquías, se extinguen

hasta los pueblos, ¡y las suegras sin acabarse nunca!

ANT. ¡Qué modo de exagerar!

ENR. (Por supuesto, que en cuanto me case la perderé de vista.)

CRUZ. (Dentro.) A mí no me levante usted el gallo, porque nada me asusta.

VOZ DE MUJER (Dentro.) Ni á mí me asusta nadie tampoco.

(Las dos hablan á la vez. Riña sostenida á gritos. Después gran ruido de cacharros rotos.)

ENR. ¡Anda, morena!

ANT. ¿Pero qué ocurre?

ESCENA III

DICHOS; DOÑA CRUZ, sale por el foro, y desde allí habla con la criada.

CRUZ. Y ahora mismo se planta usted en la calle. (Baja al proscenio muy acalorada.)

ANT. ¿Qué pasa, mamá?

CRUZ. (Volviendo al foro.) ¡Y cuidadito con responderme de esa manera! (Baja al proscenio.)

ANT. ¡Mamá!

CRUZ. (Sube al foro.) Porque soy muy capáz de hacer una que sea sonada. ¡Sí señora! ¡Para que usted lo sepa!

ENR. (¡Inspírese usted en Bellini después de esto!)

CRUZ. ¡Habrase visto la insolente! Porque la digo con buenos modos:—Como vuelva usted á mancharme la alfombra la rompo un brazo,—me contesta:—¿A mí? ¡Ni usted ni su abuelo!

ENR. ¡Dice bien!

CRUZ. ¡Ah! ¿Dice bien? Pues ya puede usted ajustarle la cuenta, y que se vaya.

ENR. ¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver con...?

CRUZ. Usted es el hombre que aquí hace cabeza, y debe ocuparse de los asuntos domésticos.

ENR. ¡Permítame usted!...

CRUZ. Y no creo que cuando me insultan debe usted quedarse tan tranquilo.

ENR. ¡Permítame usted, señora!

CRUZ. Porque al fin, yo soy su madre política de usted.

ENR. Todavía no.

CRUZ. Como si lo fuera; para el caso es igual.

ANT. ¡Y tanto!

CRUZ. Pero usted, en no componiendo música, para nada sirve.

ENR. Muchas gracias.

CRUZ. Y hasta la música que compone se queda en casa. ¿Por qué no representa usted sus obras?

ENR. ¡Porque no las admiten en ninguna parte! ¡Pues qué más quisiera yo!

CRUZ. No se parece usted á mi esposo.

ENR. ¡Lo de siempre!

CRUZ. Empezó su carrera de tenor, y contó los triunfos por docenas.

ENR. Dirá usted las gritas.

CRUZ. ¿Eh?

ENR. Sí señora. Lo sé muy bien. Hace seis años, empezó á recibirlas en El Escorial, y acabó en la frontera.

CRUZ. ¡Mentira!

ENR. Tengo datos auténticos.

CRUZ. ¡Silbarle! ¡Y en cuanto abría la boca hipnotizaba al público!

ENR. ¡Claro! Se dormían todos.

CRUZ. Pregunte usted en Filipinas si ahora le silban.

ENR. ¿Por teléfono?

CRUZ. Como que dentro de poco volverá con una fortuna hecha.

MAN. ¡Quién sabe! Los tenores precisamente son los que más dinero ganan.

CRUZ. Mi esposo no es ya tenor. Ha engruesado y canta en la Catedral de sochantre.

ENR. ¡Qué barbaridad!

CRUZ. ¡Ese sí que es un hombre completo!

ENR. Pero ¿por qué no se va usted con él á Manila?

CRUZ. Cualquiera diría que deseaba usted perderme de vista.

ENR. (Y diría la verdad.)

CRUZ. ¡Con franqueza! ¡No se muerda usted la lengua!

ENR. ¡Yo no me muerdo nada! ¿Sabe usted?

MAN. ¡No acalorarse! ¡Calma!

ANT. Mamá dice bien.

CRUZ. Sepa usted que ya me hubiera marchado; porque si lo dice usted con retintín, sepa usted que no existe motivo serio para esta separación.

ENR. Yo no digo...

CRUZ. ¡Y sepa usted que yo he vivido siempre con muchísima honra!

ENR. ¡Dale! ¡Dale!

CRUZ. Porque sepa usted que he tenido fama en el barrio.

ENR. ¡Pero señora!...

CRUZ. Porque sepa usted... ¡En fin! Me voy, porque no quiero irritarme, ni soltar una fresca. (Vase por el foro.)

ANT. ¿Lo ves? ¿Te convences? Siempre la llevas la contraria. (Vase por el foro.)

ENR. ¿Qué dices á esto?

MAN. Chico, yo no me meto en nada. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

ENRIQUE

¡Se necesita la paciencia de Job! Esa mujer es incompatible conmigo. En cuanto me case no vuelvo á verla más. Por lo mismo he tomado mis precauciones. Sin decirlas nada acabo de alquilar una casita en el otro extremo de Madrid. Ya la están amueblando, y allí viviré solo con mi esposa sin permitir que doña Cruz franquee los umbrales. ¡Vaya, vaya! Aprovechemos este instante de calma. (Se sienta á la derecha cerca de la mesa.) Veamos si consigo terminar el dúo del tercer

acto. ¡Yo tenía una idea! (Da dos o tres notas.) ¡No! ¡No era esto! (Repite.) Tampoco. (Leyendo en el papel de música.)

¡Ah! Nuestro amor purísimo
Nunca de aquí saldrá.

¿De dónde? ¡Ah! Vamos. Señalándose al corazón.

¡Nunca de aquí saldrá!

(Señalándose en el lado derecho.)
¡Cuidado, que son malos los libretistas! ¿Cómo querrán que se componga con esto buena música?

Ni morirá.
Siempre en el alma vivirá.
(Cantando.) ¡Ah! Nuestro amor purísimo.
¡Nunca!...

¡No! No me gusta. Es vulgar. ¡Ya dí con la frase!... (Escribe.) ¡Magnífico! ¡Sublime! Es de primer orden. (Cantando. Aire del *Trovador*.)

¡Ah! Nuestro amor purísimo
Nunca de aquí saldrá.
Ni morirá...
Ni morirá... (Queda suspenso un instante.)

Yo creo que esto se ha cantado ya en alguna parte. ¡Demonio! No vayan luego á decir que robo á mansalva. Hay que hacer música original.

(Cantando.) ¡Ah! Nuestro amor purísimo.

ESCENA V

DICHO y DOÑA CRUZ

CRUZ. Vea usted si esta cuenta está bien sumada.
ENR. ¡Ira de Dios! ¡No me dejarán tranquilo un instante!

CRUZ. Que tengo prisa.

ENR. (Cogiendo la cuenta y mirándola apenas.) Diez, quince, siete, nueve. (Devolviéndosela.) Está bien.

CRUZ. Vuelva usted á sumar, por si acaso.

ENR. ¡Que está bien, señora! Dèjeme usted en paz.

CRUZ. ¡Siempre con la solfa! ¡Para qué perderá usted el tiempo! (Vase.)

ENR. (Levantándose furioso.) ¡Señora!... ¡Es imposible! ¡Me quitan la inspiración! (Se dirige al piano. Coloca el papel y empieza á tocar.)

(Cantando.) ¡Ah! ¡Nuestro amor!
¡Ah! ¡Nuestro amor!

ESCENA VI

DICHO y BRUNO

BRUNO. (Por el foro.) ¿Se puede?

ENR. (Sin hacer caso.) ¡Ah! Nuestro amor purísimo.

BRUNO. ¿Don Enrique González?

ENR. No está en casa. ¡Ah! Nuestro amor purisimo.

BRUNO. ¿Cómo que no?

ENR. Ha salido.

BRUNO. ¡Pero muchacho!

ENR. (Volviendo la cabeza.) ¡Calla!

BRUNO. Soy yo.

ENR. ¡Mi tío! (Se levanta y lo abraza.

BRUNO. ¡Picarón!

ENR. ¡Qué sorpresa! ¿Usted en Madrid?

BRUNO. ¡Y para rato!

ENR. ¿Cómo es eso?

BRUNO. Me han trasladado á la corte.

ENR. ¿De veras?

BRUNO. ¡Y tan de veras! Con ascenso. Oficial de la clase de cuartos del Ministerio de Hacienda.

ENR. ¡Que sea enhorabuena!

BRUNO. ¡Estás muy guapo! Y más gordo. ¡Es claro! No nos habíamos visto desde hace tres años.

ENR. ¡Justo! Y en no viéndose uno, cría carnes.

BRUNO. ¡Ah, tunantón!... ¿Conque es cierto? ¿Te casas?

ENR. Así parece.

BRUNO. Cuando me lo escribiste...

ENR. ¿Se alegró usted?

BRUNO. Exclamé: ¡qué bárbaro!

ENR. ¡Tío!

BRUNO. ¡Casarse! ¡Qué atrocidad! Pero en fin, con tu pan te lo comas, ¿Dónde está tu novia?

ENR. Ahora saldrá.

BRUNO. ¿Tiene mucha familia?

ENR. Es hija única. Excelente muchacha. Buena, cariñosa... Sólo tiene un defecto.

BRUNO. ¿Defecto físico? ¿Es coja tal vez?

ENR. No señor, no. Su madre ..

BRUNO. ¡Ah! ¿Su madre es la coja? ¡Qué lástima!

ENR. No señor. Digo que su madre es el defecto.

BRUNO. ¡Ya!

ENR. ¡No tiene usted idea!

BRUNO. ¡Canario!

ENR. Chismosa, irascible y endemoniada.

BRUNO. ¿Y vas á cargar con suegra semejante?

ENR. ¿Qué quiere usted? Mi compromiso es ya ineludible. Además, viviremos solitos Antonia y yo.

BRUNO. ¿Consiente en ello la mamá?

ENR. Todavía no hemos hablado de ese asunto, pero estoy decidido...

BRUNO. Mucho ojo. Que no te metas en un infierno.

ENR. Por eso trato de evitarlo.

BRUNO. Bueno, bueno. Allá te las avengas. ¡Casarse! ¡Qué estúpidéz!... ¡En fin!... ¡A tu gusto, sobrino!

ESCENA VII

DICHOS y DOÑA CRUZ

CRUZ. (¿Quién será este hombre?)
ENR. A propósito. Aquí la tiene usted.
CRUZ. ¿Eh?
BRUNO. (Alta, morena; carabinero retirado.)
ENR. Mi tío, don Bruno Cerralvo. Mi futura suegra.
BRUNO. ¡Señora!...
CRUZ. ¡Cómo! ¿Este caballero es su tío de usted? (Muy amable.)
BRUNO. En cuerpo y alma.
ENR. Empleado en Hacienda.
CRUZ. ¡Cuánto me alegro!
ENR. Lo han trasladado á Madrid.
CRUZ. ¡Mejor que mejor!
BRUNO. ¡Vea usted por dónde asistiré á la boda de mi sobrino!
CRUZ. Tendremos mucho gusto. (¡Qué antipático es el tío éste!)
BRUNO. Ya me ha dicho que su hija de usted es encantadora.
CRUZ. Mucho; sí señor. Y no es porque sea mi hija, pero se lleva una alhaja. Ya puede portarse bien con ella. Muchas veces se lo he dicho. ¡Cuidadito con darla el menor disgusto! No la he criado yo como una negra para que luégo me la sacrifique cualquier zanguango.
BRUNO. ¡Atiza!
CRUZ. ¡Por supuesto, ya se guardaría bien! Su madre está viva, gracias á Dios. Y en cuanto á eso... ¡Vaya! ¡Soy muy capáz de tirar la casa por la ventana!
ENR. (A Bruno.) ¿Qué tal?
BRUNO. De cascabel sordo.
CRUZ. Pero siéntese usted. ¿Quiere usted tomar algo?
BRUNO. Gracias. No señora.
ENR. ¿Y Antonia?
CRUZ. Por ahí dentro. Voy á llamarla.

BRUNO. ¡Sí, sí!... Dígala usted que su tío desea verla en seguida.

CRUZ. Su tío... (¡Qué francote!) ¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted qué alhaja! No es porque yo sea su madre, ¿sabe usted?

BRUNO. Naturalmente.

CRUZ. Pero en fin, lo que está á la vista... Vuelvo. Hasta ahora. (¡Pero qué cargante es el tal vegestorio!) (Vase.)

ESCENA VIII

ENRIQUE y BRUNO; luégo MANUEL

ENR. ¿Qué le parece á usted?

BRUNO. Me inspira miedo.

ENR. Á mí me inspira horror.

BRUNO. ¡En fin! ¡Adelante con los faroles!... Allá te las compongas.

MAN. (Saliendo por la izquierda.) (¡Nada! Me marcho. Estoy decidido.)

BRUNO. ¡Cáspita! ¡Manolito!

MAN. ¡Don Bruno!

BRUNO. ¿Cómo está usted?

MAN. Perfectamente.

BRUNO. Ya me escribió Enrique que vivían ustedes juntos.

MAN. ¡Se empeñó de tal modo!...

BRUNO. Los buenos amigos no deben separarse. ¡Digo! Y ustedes que lo son desde hace tantos años. Todavía recuerdo cuando iban juntos al colegio. Díme. ¿Sigues todavía con la afición á la música?

ENR. Siempre.

BRUNO. ¿Te acuerdas de la serenata que me dedicaste?

ENR. Muy bonita, ¿verdad?

BRUNO. ¡Mucho! ¡Y cómo se parecía á la *Marcha Real*!

ENR. ¡Tío!

BRUNO. ¡Idéntica!

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA CRUZ; ANTONIA, por el foro.

CRUZ. Ven, hija mía. Ven á saludar á este caballero.
BRUNO. ¡Venga usted acá, sobrina!
CRUZ. (¡Y dale con llamarla sobrina!)
BRUNO. ¡Es guapísima!
CRUZ. Ya se lo dije á usted.
ANT. Usted me favorece.
BRUNO. ¡Hechicera! ¡Y con un lunar en el carrillo!
CRUZ. Dicen que fué un antojo. (Muy sonriente y amable.)
BRUNO. ¡Ah!
CRUZ. Sí señor. Y además, lo sacó de su padre.
BRUNO. ¿El antojo?
CRUZ. ¡El lunar, no sea usted torpe! (Muy seria.)
BRUNO. ¡Vaya! ¡Dame un abrazo! (Antonia mira á su madre. Ésta encoge los hombros como diciendo:—No hay remedio.—Antonia abraza tímidamente á Bruno.)
ANT. Con mucho gusto.
BRUNO. Y ahora abraza á tu marido.
ANT. ¡Pues ya lo creo! (Lo abraza.)
CRUZ. (¡Qué aficionado á los abrazos es este viejo!)
ENR. ¡Antonia mía!
MAN. (Yo no puedo ver esto. Se acabó.) ¡Señores! (Todos se vuelven hacia Manuel.) ¡Señores!
TODOS. ¿Eh?
BRUNO. ¿Va usted á pronunciar un discurso?
MAN. Ya que la casualidad nos ha reunido á todos, aprovecho la ocasión para despedirme de ustedes.
ENR. ¿Te vas á paseo? Bueno, pues que te diviertas.
MAN. No. Me voy de Madrid.
TODOS menos ANTONIA. ¿De Madrid?
MAN. Esta noche.
ENR. ¿De Madrid? ¿Un viaje? ¡Vamos! Alguna excursioncilla.

MAN. Eso es. Una excursioncilla á la Habana.
ENR. ¿A la Habana?
CRUZ. ¿Qué dice?
ENR. ¡Marcharte á la Habana!
MAN. Sí. He recibido carta de mi tío. Los negros se han sublevado. Tengo que ir en seguida.
CRUZ. ¡Vaya un disparate!
MAN. No hay más remedio. Haga usted el favor de darme las camisas que me plancharon ayer. La maleta está ya arreglada, y sólo falta...
CRUZ. ¿Pero habla usted de veras?
MAN. Le suplico á usted, señora, que me dé mis camisas.
CRUZ. ¡Bueno, hombre, bueno! Vamos, Antonia; le daremos las camisas.
ANT. (A Cruz.) ¡Si supiera usted por lo que se marcha!
CRUZ. ¡Ah! ¿Tú lo sabes?
ANT. ¡Ya lo creo!
CRUZ. Ahora me lo dirás. Aguarde usted un poco. (A Manuel.) Voy por las camisas. No se apure usted.
ANT. Hasta luégo.

ESCENA X

ENRIQUE, BRUNO y MANUEL

ENR. Ahora que estamos solos, díme la verdad.
MAN. Ya la he dicho.
ENR. ¿A qué obedece este viaje?
MAN. A los negros.
ENR. ¡Mientes!
MAN. No miento.
ENR. ¡Eso es ridículo! ¡Los negros sublevados!
BRUNO. Cuando llegue usted, ya se han comido á su tío.
ENR. ¡Marcharte de improviso... sin aguardar á mi boda!
MAN. Por eso.
ENR. ¿Cómo por eso?

MAN. Digo, por lo otro.

ENR. Habla. Aquí existe un misterio que es fuerza descubrir.

BRUNO. Hable usted.

ENR. Sin ambajes.

BRUNO. Las cosas claras.

MAN. ¿Sí? ¿Quieren ustedes saber la verdad?

ENR. Entera.

BRUNO. Sin distingos.

MAN. Bueno. Pues me marcho por...

ENR. ¿Por qué?

BRUNO. Eso es. ¿Por qué?

MAN. Por... porque estoy enamorado de tu futura. ¡Ea! ¡Ya la solté!

BRUNO. ¡Caracoles!

ENR. ¿De esta también?

BRUNO. ¿Eh?

ENR. Pero desgraciado, ¿dónde vas á parar? Figúrese usted que este maldito sólo se enamora de las que á mí me gustan.

BRUNO. ¡Qué rareza!

ENR. Desde que éramos estudiantes. Cuantas novias tuve, otras tantas despertaron en su corazón la llama voráz. Y hasta mi futura, la que ya es casi mi mujer... Mira, chico, ¡hasta esta pueden llegar las bromas!

MAN. Pues por lo mismo quiero poner tierra de por medio.

BRUNO. ¡Vaya una manía rara!

ENR. ¡Vamos, Manolito, no seas necio! Reflexiona, hijo mío, que ahora no se trata de un pasatiempo.

MAN. ¡Justo! Eso me digo. Con esta no podré hacer lo que con las otras.

ENR. Oye una cosa. ¿Por qué no te casas?

MAN. ¿Con quién?

ENR. Con una chica cualquiera. Yo conozco una. Guapísima. Está abonada con su padre al paraíso del Real. Allí nos hicimos amigos. Parece un modelo de candor.

MAN. ¡Pero si no la amo!

ENR. No importa. Ya la amarás en cuanto te convenzas de que á mí me gusta.

MAN. ¡Imposible!

ENR. ¡Ah! ¿De modo que no hay medio de convencerte?

MAN. Agradece mi franqueza, que pocos tendrían, y déjame emprender este viaje. Así como así mi tío anda delicado, y el mejor día puede darnos un susto.

ENR. Como quieras.

BRUNO. Déjale. La causa es poderosa, y el sacrificio digno de alabanza, porque... en fin, es el primer caso que registro en mi larga carrera.

MAN. Todo lo tengo ya dispuesto. El baúl en la Central. La maleta arreglada. Dentro de diez minutos tomo un coche, y abur.

ENR. ¡Pero si el tren no sale hasta las ocho y media!

MAN. No importa. Tengo que comprar varias cosas y que hacer cien encargos. Adiós, don Bruno.

BRUNO. ¿Se marcha usted ya?

MAN. No. Vuelvo pronto. Voy cerca...

BRUNO. Bueno, bueno.

MAN. Hasta luégo. Tardo quince minutos. (Vase por el foro.)

ESCENA XI

BRUNO y ENRIQUE

ENR. ¿Qué me dice usted?

BRUNO. Que ese chico tiene conciencia. Otro en su lugar, quién sabe lo que hubiera hecho. Es decir, yo sí lo sé. Por lo mismo debe agradecérsele.

ENR. ¡Maldita fatalidad!

BRUNO. ¡Vaya, vaya! Te dejo. Voy á llegarme á la fonda, y...

ENR. ¿A la fonda? Hoy come usted con nosotros.

BRUNO. ¡Pero hombre!

ENR. ¡Nada! Está dicho.

BRUNO. Bueno. Volveré. De todos modos he de arreglar ciertas cosillas, y ¡ah!... yo traeré los postres.

ENR. ¿Los postres?
BRUNO. Sí. Soy muy aficionado á comprar dulces y chucherías.
ENR. Como usted quiera.
BRUNO. Adiós, sobrino. Hasta muy pronto.

ESCENA XII

ENRIQUE; luégo DOÑA CRUZ

ENR. ¡Quién había de figurarse! Por supuesto, pensándolo bien, vale mucho más que se marche á la Habana.
CRUZ. (Con varias camisas.) Aquí están las camisas.
ENR. ¡Ah! Oiga usted. Mi tío comerá hoy con nosotros.
CRUZ. ¿Eh? ¿Que su tío de usted come aquí hoy?
ENR. Sí señora.
CRUZ. ¿Quién lo ha convidado?
ENR. Yo.
CRUZ. ¿Está usted en su juicio? ¿No sabe usted que la chica ha roto media vajilla, y que no hay nada dispuesto?
ENR. Mi tío es de confianza.
CRUZ. Lo será para usted, pero no para nosotras. ¡Usted quiere ponernos en ridículo!
ENR. ¡Bah!
CRUZ. Es decir, que ahora me obliga usted á meterme en la cocina y á pasar un sofoco sin necesidad.
ENR. ¡Pero señora, no sea usted necia!
CRUZ. Oiga usted. ¡Cuidadito con faltarme!
ENR. ¡Señora!...
CRUZ. ¡Vaya usted ahora á ponerse á guisar para ese mamarracho! (Metiéndose las camisas debajo del brazo y ajándolas durante el diálogo.)
ENR. ¿Eh?
CRUZ. Sí señor. ¿Qué tengo yo que ver con su tío de usted? Que coma en su casa y no venga á molestar á nadie.
ENR. ¡Ay, qué mujer!
CRUZ. (Cogiendo de un modo inconsciente las camisas, arrugándolas y

desdoblándolas, siempre irritada y nerviosa.) Y bien podía usted, antes de haberle convidado, reflexionar en todo esto. ¡Pero ya se vé!... Usted sólo piensa en la solfa. ¡Malhaya la ocurrencia! ¿Qué hago yo ahora, vamos á ver? ¡Oh! ¡Le retorceria el cuello á ese vejete! (Retorciendo los cuellos y los puños de las camisas. Entra primero por la izquierda y sale en seguida sin las camisas.)

ENR. (¡Es una furia!)

CRUZ. Ahora tengo que salir á encargar un principio en la fonda. ¡Y todo por culpa de usted! ¡Me fastidia usted! (Vase por la primera de la derecha.)

ENR. ¡Y usted me revienta! ¡Así! ¡Clarito! Crean ustedes que yo no sé cómo me contengo! ¡Créanlo ustedes!

CRUZ. (Sale poniéndose la mantilla, y se marcha por el foro muy de prisa.) ¡Quítese usted de en medio! (Dándole un empellón.)

ENR. ¡Dios mío! ¡Que se caiga por las escaleras! ¡Y que se mate, Dios mío!

ESCENA XIII

ENRIQUE

Si pierdo alguna vez la calma, yo no sé dónde iremos á parar. ¡Vaya usted á componer música ahora! (Se sienta al piano.) ¿Cómo empezaba esto? (Cantando.)

¡Ah! ¡Nuestro amor purísimo!...

¡Me han quitado la inspiración! ¡Esa mujer perturba mis sentidos! ¡Ah! ¡Nuestro amor!... ¡Nada! ¡Se fué mi melodía! ¡Imposible recordarla!

ESCENA XIV

DICHO y UNA CRIADA

CRIADA. ¡Señorito!

ENR. ¡Otra!

CRIADA. Unos señores desean ver la casa.

ENR. Bueno. Que la vean. ¡A mí qué me importa!
CRIADA. Entonces, ¿pueden pasar?
ENR. ¡Vive Cristo!
CRIADA. ¿Eh?
ENR. ¡Que pasen! (Vase la Criada.) ¡Hay días aciagos, no tengo duda! (Sigue cantando.) ¡Ah! ¡Nuestro amor!...

ESCENA XV

DICHO, TORCUATO y GABRIELA

TORC. ¿Dá usted su permiso?
ENR. Sí señor.
TORC. Dispense usted si venimos á molestar, pero... (Fijándose en él.) ¡Calla! ¿Es usted?
ENR. ¡Don Torcuato! ¡Gabrielita! (Levantándose.)
TORC. ¿Usted el inquilino de esta casa?
GAB. ¡Cómo habíamos de figurarnos!...
ENR. ¡Servidor de ustedes!
TORC. Verdad es que nunca se nos ha ocurrido ofrecernos mútuamente el respectivo domicilio.
ENR. Como casi todas las noches nos vemos en el paraíso...
TORC. ¡Caba!! Nuestro domicilio mútuo.
ENR. Hace un cuarto de hora hablaba aquí mismo de ustedes.
TORC. ¿Sí?
ENR. O mejor dicho, de usted. (A Gabriela.)
GAB. ¿De mí?
ENR. Con un íntimo amigo. Un joven muy simpático. Le refería nuestra vecindad en el teatro Real, y le aseguraba que era usted muy guapa y muy amable.
GAB. ¡Oh! ¡Mil gracias!
ENR. ¡Pero siéntense ustedes!
TORC. Siéntate, niña. (Se sientan. Gabriela á la derecha y los otros á la izquierda.)
ENR. Crea usted que desde que tuve el gusto de conocerla,

quedé prendado de... Apropósito; con permiso de usted (A ella.) voy á hacer una pregunta á papá.

GAB. Es usted muy dueño.

ENR. (Bajo á Torcuato.) Dispense usted si soy indiscreto.

TORC. Hable usted con franqueza. Yo soy muy franco.

ENR. ¡Hola!

TORC. ¡Mucho! En fin, me llamo Torcuato, no le digo á usted más.

ENR. ¿Su hija de usted, como todas las jóvenes, tendrá deseos de casarse?

TORC. Hombre, ella no lo sé; pero por mi parte lo deseo con fruición.

ENR. ¿Sí?

TORC. Ya he dicho que soy muy franco... En fin...

ENR. ¡Torcuato!

TORC. ¡Eso es! Verá usted. Mi única ambición, hoy por hoy, es quedar libre é independiente. Yo soy viudo. Servidor de usted. Ni la corrí en tiempo de mi mujer, ni he podido correrla en los de mi hija. Cuando ésta se case recobraré mi libertad. Mi carácter es alegre, emprendedor. Tengo cincuenta años y un pico. Si no aprovecho los picos que me quedan, soy hombre al agua.

ENR. ¡Tiene gracia! Por manera que está usted decidido...

TORC. ¡A volar! ¡A volar por los espacios del jolgorio! Yo no he volado nunca, y me hace falta, créalo usted. De modo que si se decide usted á casarse con la chica...

ENR. No. Perdone usted. No se trata de mí. Aunque su lindísima hija me agrada en exremo, yo estoy comprometido á casarme con otra joven.

TORC. ¡Demonio!

ENR. Nos hemos tomado los dichos.

TORC. ¡Qué lástima!

ENR. Pero mi amigo... ese joven de quien antes hablé á usted, es libre como el pájaro, guapo, inteligente y heredero de un tío muy rico.

TORC. ¿Dónde se halla? Preséntemo usted.

ENR. Acaba de salir, y además esta misma noche emprende un viaje á la Habana.

TORC. Entonces...

ENR. No importa. Yo le hablaré. Es muy posible que vuelva pronto, y en tal caso ya le haremos ver á Gabriela.

TORC. Lo lleva usted al paraíso. Ya sabe usted. Turno tercero.

ENR. Corriente.

TORC. Y allí hablaremos nosotros de este asunto. Porque creo que seguirá usted abonado á las alturas, aun cuando se case.

ENR. ¡Claro está!

TORC. Bien, bien. Andando, niña. (Se levantan.)

GAB. (Levantándose.) Como gustes, papá.

ENR. (¡Es guapísima!)

GAB. ¿Supongo que no perderá usted esta noche *Los Hugonotes*?

ENR. ¡Nunca! Es mi opera favorita.

GAB. Y la mía también.

TORC. Yo prefiero el *Roberto*.

ENR. ¡Hombre!

TORC. Duermo mucho más con esa ópera.

MAN. ¿Dormir con el *Roberto*?

GAB. No le hable usted á papá de música. Lo sublime le fatiga.

TORC. Prefiero un buen tango ó un wals corrido, ¡qué quiere usted! En cambio mi hija sueña con Meyerbeer y duerme con Gluc todas las noches.

ENR. Porque su hija de usted tiene un alma de artista.

TORC. Y yo de cántaro, sí señor.

GAB. ¡Oh, usted me favarece!

ENR. Pero á todo esto, no han visto ustedes la casa....

TORC. Aguarde usted. (Va al balcón.) Es inútil. Ya no llueve.

ENR. ¿Cómo?

TOR. Sí. Es mi costumbre. Siempre que de improviso nos coge un chaparrón, me meto en el primer cuarto que veo desalquilado, y mientras pasa el chubasco lo re-

corro todo. Ahora empezó á llover, vimos papeles en ese balcón y dije á Gabriela: anda, subamos. Con éste son nueve los que hemos visto hoy. Eso. Nueve chaparrones; ¡já, já, já! (Dándole la mano.) He tenido mucho gusto en tropezar aquí con usted.

ENR. Mil gracias. Hasta luégo, señorita (Pero ¡qué guapa es!)

GAB. Hasta luégo. (Es muy simpático.)

TORC. Sí. Hasta luégo. Ya seremos con usted en el Paraíso.

ESCENA XVI

ENRIQUE; luégo ANTONIA

ENR. ¡Es encantadora! ¡Qué aire de modestia y de bondad! ¡Y con un corazón de artista! ¡Esa es la mujer que me hubiera convenido! ¡En fin! Pongámonos por quinta vez en situación. (Se sienta al piano.)

ANT. ¿No ha vuelto mamá?

ENR. Lo ignoro, pero debe hallarse en la calle, porque no grita nadie. (Cogiendo los papeles del piano y levantándose.)

ANT. ¿Dónde vas?

ENR. A mi cuarto. (A ver si me dejan en paz cinco minutos siquiera.) (Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA XVII

ANTONIA; luégo MANUEL, por el foro.

ANT. ¡Qué galantería! ¡La verdad es que nos trata con un despego..!

MAN. ¡Ea! Ya tengo el coche á la puerta.

ANT. ¡Cómo! ¿Se marcha usted ya?

MAN. Ahora mismo.

ANT. ¿Por qué tanta prisa?

MAN. Porque... ¡porque me pincha la casa! ¡Porque cada vez que la veo á usted, me gusta usted más, y la amo más y me entristezco más! ¡Oh, Antonia! ¿por qué no fuí yo el primer hombre solo?

ANT. La suerte no lo ha permitido.

MAN. ¡Reniego de mi suerte! Vaya, con permiso de usted, voy á empaquetar mis camisas. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XVIII

ANTONIA; luégo DOÑA CRUZ, por el foro.

ANT. ¡Pobre joven! ¡Cuánto me quiere! ¡Y un gran partido! Mucho mejor que Enrique. ¡Ya lo creo! Éste no tiene ningún tío en la Habana, ni pariente á quien heredar. Y la verdad es que un marido rico vale más que un marido pobre. ¡Pero mucho más!

CRUZ. ¡Reniego del convidado y de toda su casta!

ANT. ¿Qué convidado, mamá?

CRUZ. ¿Pues no lo sabes? El tío ese que nos ha salido de pronto. Don Bruno. Un gorrón de primera que apenas llegó á casa se convidó á comer.

ANT. ¡Vaya un descaro!

CRUZ. ¡Inaudito! Aunque la culpa fué del sobrino.

ANT. ¿De Enrique?

CRUZ. ¡Claro está! Él lo invitó sin duda para proporcionarme un disgusto.

ESCENA XIX

DICHOS; MANUEL, con dos camisas muy estropeadas y un saco de noche.

MAN. Diga usted, doña Cruz, ¿está usted segura de haber planchado estas camisas?

CRUZ. Sí señor. Y muy bien planchadas.

MAN. Nadie lo diría. Bueno, bueno .. (Las mete en el saco de noche.)

CRUZ. ¿Se marcha usted ya?

MAN. Sí señora. ¿Dónde se ha metido Enrique?

CRUZ. Estará en algún rincón con su solfa.

ANT. (Llamando.) ¡Enrique!

MAN. (Idem.) ¡Enriquito!

ANT. Que se marcha Manuel.

ESCENA XX

DICHOS y ENRIQUE

ENR. ¿Cómo? ¿Tan pronto?

MAN. Adiós, chico. (Dándole la mano.)

ENR. Luego nos veremos. Bajaré á la estación.

MAN. ¿Para qué?

ENR. Para despedirte. ¡Pues no faltaba más!

MAN. Como gustes. ¡Ah! Oye una cosa. Con permiso de ustedes. (Lo lleva aparte.) Ya que voy á separarme de Antonia para siempre, quisiera llevarme algún recuerdo suyo. ¿Qué podría ser?

ENR. ¿Algún recuerdo? ¡Llévate á su madre! ¡Te la regalo!

MAN. ¡Vaya una gracia! (A doña Cruz dándole la mano.) Adiós, señora.

CRUZ. (Muy afligida.) ¡Felíz viaje, don Manolito! ¡Que escrib usted en cuanto llegue!

MAN. (Medio llorando.) ¡En seguida!

CRUZ. Memorias al tío.

MAN. ¡De su parte! (A Antonia.) Adiós, Antonia.

ANT. (Afligida como los otros) ¡Adiós!

MAN. ¡No olvidaré nunca mi estancia en esta casa. (Llorando.) ni su cocido!

CRUZ. ¡Adiós! ¡Y que sea usted felíz! ¡Muy felíz! (Los tres lloran con el mayor desconsuelo.)

ANT. ¡Adiós!

MAN. (¡Me ahoga la emoción!) (Vuelve á dar la mano á los tres.) ¡Adiós! (Vase por el foro.)

ANT. (Va al foro.) ¡Adiós, Manolito!

CRUZ. (Idem, llorando mucho.) ¡Adiós, Manuel!... ¡Pobrecito! (Vuelve al proscenio completamente serena.) Voy á ocuparme del arroz. ¿Qué necesidad tenía yo ahora de trabajar como una negra?

ENR. ¡Pero señora, mi tío es de la familia!

CRUZ. ¡Déjeme usted en paz! (Vase por el foro.)

ESCENA XXI

ENRIQUE y ANTONIA

ENR. ¡Qué amable, y qué cariñosa!

ANT. Si hubieses obrado con mayor cordura, no tendría por qué incomodarse.

ENR. ¡Eso! ¡Defiéndela! Riñeme también.

ANT. No te riño. Pero basta que mamá diga negro para que tú digas blanco.

ENR. Por fortuna, dentro de pocos días se arreglará todo.

ANT. ¿Eh?

ENR. En cuanto nos casemos. ¿Te parece que no he tomado mis precauciones? ¿Crees que voy á sufrir ese carácter imposible?

ANT. No entiendo.

ENR. Pues voy á decírtelo clarito. Una vez casados, viviremos solos.

ANT. ¿Cómo?

ENR. Tu mamá y yo somos incompatibles.

ANT. ¡Dios mío!

ENR. Lejos de tu madre viviremos felices y tranquilos. Pero solos. ¡Sin suegra! Ella en su casa, nosotros en la nuestra y Dios en la de todos.

ANT. ¿Qué escucho? ¡Bah! Eso no es en serio.

ENR. ¿Que no es en serio? Ya tengo amueblado el cuarto. ¡Un nido de amor!

ANT. ¡Virgen Santísima! ¡Pretendes separarme de mi mamá!
ENR. Pretendo asegurar nuestra dicha.
ANT. ¡Ay, qué desgracia tan grande! (Llorando.)
ENR. ¡Antonia!
ANT. ¡Ay si yo hubiera sabido esto! (Llamando.) ¡Mamá! ¡Mamaíta!

ESCENA XXII

DICHOS; DOÑA CRUZ, con un fuelle en la mano.

CRUZ. ¿Qué es eso? ¿Por qué lloras?
ANT. ¡Ay mamá de mi alma!
CRUZ. ¿Qué ocurre? ¡Habla!
ANT. Que Enrique no quiere que vivamos juntos.
CRUZ. ¿Eh?
ANT. Dice que primero lo fusilan que vivir contigo.
ENR. ¡Yo no he dicho eso!
CRUZ. ¡Ah, infame!
ANT. Y ya tiene amueblado un cuarto.
CRUZ. ¡Sin decirnos nada!
ENR. Estoy en mi derecho.
CRUZ. ¡Ah! ¿Quiere usted llevarse á mi hija sola?
ENR. Decididamente.
CRUZ. ¿Y yo? Vamos á ver. ¿Y yo?
ENR. ¿Usted? Ya tiene edad para no perderse.
CRUZ. ¿Y se figura usted que voy á separarme de mi hija?
ANT. ¡Nunca!
CRUZ. ¿Que la voy á dejar en poder de usted?
ENR. En poder de su marido.
CRUZ. Mientras vive una madre, ella es la primera. ¡Y aún vivo yo!
ENR. ¡Pues por eso! Porque vive usted. ¡Por eso nada más!
CRUZ. ¡Separarme de este pimpollo! (Abrazándola.)
ANT. ¡Qué locura!
CRUZ. ¡Nunca, caballero! Mi hija y yo formamos dos almas y un cuerpo.

ENR. ¡Qué barbaridad!

CRUZ. ¡A mí no me insulte usted!

ANT. Antes que abandonar á mi madre, rompo por todo.

ENR. ¡Pues yo rompo también antes que meterme en un infierno!

CRUZ. ¿De veras? ¡Corriente! ¡Concluyamos!

ENR. ¿Sí? ¡Ea! ¡Pues concluyamos!

CRUZ. ¡Le odio á usted! ¡Le abomino á usted!

ENR. Y yo la detesto á usted, y la aborrezco á usted; y antes que llamarla suegra, soy capáz de tirarme por el balcón.

CRUZ. ¡No me lo hará usted bueno!

ANT. ¡Hemos terminado! (Vase por la primera de la derecha.)

CRUZ. ¡Márchese usted, ó lo araño! (Amenazándole con el fuelle.)

ENR. ¡Para siempre! (Vase por la segunda de la derecha.)

CRUZ. ¡Pillo, tunante, mal nacido!

ESCENA XXIII

DOÑA CRUZ; BRUNO, saca sobre una bandeja varios cucuruchos de dulces y pastas.

BRUNO. Aquí están los postres.

CRUZ. (Dando un golpe á la bandeja y tirándolo todo.) ¡Vaya usted al diablo! (Vase por la izquierda.)

BRUNO. ¡Caracoles!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Saloncito elegante. Puerta al foro de cristales que da al jardín. Dos puertas á la derecha y dos á la izquierda. Sofá á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE; luégo GABRIELA

Aparece sentado en el sofá, y medio dormido. A poco Gabriela sale por el foro, se acerca de puntillas y abraza á Enrique por detrás del sofá.

ENR. ¿Eh?

GAB. Soy yo, gran perezoso.

ENR. ¡Mujercita mía!

GAB. ¿A que soñabas conmigo?

ENR. Lo has adivinado.

GAB. ¿De veras?

ENR. Te lo juro. Soñaba que éramos felices. Que mi vida era un paraíso, y que cada día te amaba más.

GAB. ¿Soñabas todo eso?

ENR. Lo soñaba... despierto.

GAB. ¡Zalamero!

ENR. Sí, Gabriela mía. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué no re-

petirte una y mil veces que desde hace un año soy el hombre más dichoso de la tierra?

GAB. Y yo la mujer más felíz del mundo.

ENR. Nuestra existencia se desliza tranquila y serena con un cielo siempre azul y un ambiente suave y profundo. Los dos solitos dentro de este encantador hotel que tu papá nos regaló el día de nuestra boda, y que constituye para nosotros un nido de amor.

GAB. ¿Por manera que no te fastidias ni te aburres?

ENR. ¿Fastidiarme? Esta vida me seduce. En fin, ni siquiera me ocupo de la música que antes constituía mi única distracción.

GAB. ¿Y no echas de menos nada?

ENR. Nada.

GAB. ¿Ni recuerdas nunca nada tampoco?

ENR. ¿Qué he de recordar?

GAB. ¡Qué se yo!... La imagen de algún sér querido en otro tiempo.

ENR. ¡Bah!

GAB. Después de todo, yo no podría enfadarme. ¡Ese recuerdo me parece tan natural!...

ENR. ¡Gabriela!

GAB. Al fin y al cabo íbas á casarte con ella. Ya os habíais tomado los dichos...

ENR. Basta. No sigas. Te he asegurado mil veces que aquello pertenece al sepulcro.

GAB. ¡Pero si no me incomodo! Díme una cosa. ¿Era muy bonita?

ENR. ¿Quién?

GAB. La otra.

ENR. Mucho menos que tú.

GAB. ¡Oh!

ENR. Tú vales más, y... en fin: no hablemos de ese asunto. La boda se rompió hace dos años; yo salí de Madrid, y nada he vuelto á saber de aquella familia. Luégo tuve la fortuna de hallarte otra vez en el paraíso del teatro Real. Nuestra simpatía se trocó en amor. Nues-

tros corazones se unieron entre las dulces melodías de Bellini, y los melancólicos suspiros de Vagner. Te pedí á tu padre, y éste, loco de júbilo, nos casó á los dos meses, instalándonos en nuestro hotelito.

GAB. Cabal. Y papá se marchó con ánimo, según nos dijo, de dar la vuelta á Europa. Por cierto que desde hace mucho tiempo no hemos recibido noticias suyas, y esto me tiene con cuidado.

ENR. ¡Quiá! No temas nada.

ESCENA II

DICHOS; BRUNO, por el foro.

BRUNO. ¡Aquí estamos todos!

GAB. ¡El tío!

ENR. ¡Gracias á Dios!

GAB. ¡Hace un siglo que no viene usted por aquí!

ENR. ¡Nos ha olvidado por completo!

BRUNO. ¡Eso, nunca! Pienso en vosotros todos los días, pero es preciso hacer un viaje para llegar á este destierro. Y además, la oficina me acapara. El ministro no tolera ninguna falta. De once á cinco... ya se sabe. Pero hoy es domingo, y estamos á treinta de Agosto. Ya veis que me acuerdo de la fecha.

ENR. ¡Ah!

BRUNO. ¡Dia feliz! Aniversario de vuestro matrimonio.

ENR. ¡Querido tío!

BRUNO. Habéis engruesado. Los dos estáis más gordos. Se conoce que prueba bien.

GAB. ¡Tío!

BRUNO. ¡Ah! Te tráigo un recuerdo. (A Gabriela.) No es cosa de valor. Un empleado de la clase de cuartos suele tener muy pocos. (Saca un estuche.) Pero en fin, valga la intención.

GAB. ¡Ay, qué pulsera tan bonita!

ENR. ¡Vaya! Toda vez que empezaron los regalos, aquí está el mío. (Otro estuche.)

GAB. ¡Digo! ¿Eh? ¡Un medallón!

BRUNO. Con dos brillantes. Eso es de la clase de primeros.

GAB. Yo no sé cómo agradecer á ustedes tantas pruebas de cariño.

BRUNO. Por supuesto, que hoy pasaremos juntos el día.

GAB. Naturalmente. Y para que no se fastidie usted, daremos por ahí una vuelta hasta la hora de comer.

BRUNO. Por el campo. Un paseo higiénico.

GAB. Voy por mi sombrero.

ENR. Tráeme también el mío.

GAB. En seguida. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA III

ENRIQUE y BRUNO

BRUNO. ¿Qué tal?

ENR. ¡Un ángel, tío!

BRUNO. ¿Eres feliz?

ENR. Completamente.

BRUNO. ¿Qué diferencia de la otra, eh?

ENR. ¡Calle usted! No me lo recuerde.

BRUNO. Díme: ¿has vuelto á saber algo de tu exfutura?

ENR. Nada. Desde el día de nuestro rompimiento, yo me marché, y hasta hoy.

BRUNO. ¡De buena suegra te libraste!

ENR. Sólo de pensar en ella siento escalofríos. Atacaba de tal modo mi sistema nervioso, que, vea usted, ya me he puesto trèmulo.

BRUNO. ¡Cálmate, hombre, cálmate! Por fortuna, la perdiste para siempre de vista.

ENR. Gracias á Dios.

BRUNO. ¿Y Manuel, aquel joven inverosímil que se marchó á la Habana?

ENR. Ni me ha escrito, ni sé siquiera dónde se halla.

BRUNO. ¿Supo antes de marchar tu rompimiento con Antonia?

ENR. ¡Quiá! No señor. Quedamos en que yo bajaría á la estación para despedirle, pero á causa del disgusto no bajé. Por manera que nos creerá casados á estas fechas.

BRUNO. ¡Pobre chico! Parecía muy enamorado de tu novia. Y se portó muy bien, eso sí. Antes que engañar á un amigo, exclamó:—Me voy á la Habana.—Proceder generoso, que debían imitar todos los amigos.

ENR. Dice usted bien.

BRUNO. ¡Qué poblado estaría ese camino!...

ESCENA IV

DICHOS y GABRIELA

GAB. (Con sombrero, y el de Enrique.) Aquí está el sombrero.

ENR. Andando.

ESCENA V

DICHOS; VICTORIA, por el foro.

VICT. Señorita, una carta.

GAB. ¿Será de papá? ¡Dame pronto! ¡Sí, de papá! (Vase Victoria.)

ENR. ¡No te dije que estaría bueno y sano!

GAB. ¡Á ver, á ver! (Abre y lee.) «Mis queridos hijos.»

ENR. ¿Dónde está fechada?

GAB. «Biarritz, veinticinco.»

ENR. ¿Veinticinco? ¡Y estamos á treinta!

BRUNO. ¡Tardó cinco días! ¡No es mucho! ¡Otras no llegan nunca!

GAB. «Mis queridos hijos: Muy pronto tendré el gusto de abrazaros.» ¡Oh, qué dicha!

ENR. ¡Cuánto me alegro!

GAB. «En estos dos meses de silencio, me han ocurrido cosas extraordinarias.»

ENR. ¡Ah, calaverón!

GAB. «Ya os las contaré á mi llegada. Aguardadme de un instante á otro. Vuestro padre, que os adora, Torcuato.» ¡De un instante á otro!

ENR. Es necesario preparar sus habitaciones.

GAB. ¡Sí, sí! (Llamando.) ¡Victoria! ¡Victoria!

ESCENA VI

DICHOS y VICTORIA

VICT. Señorita. .

GAB. Papá llega de un instante á otro.

VICT. ¡Que sea enhorabuena!

GAB. Es preciso que prepares sus habitaciones.

VICT. Señorita, en dándoles un limpión...

GAB. Bueno.

VICT. Eso. Un limpión bueno. Vaya usted descuidada.

GAB. Nosotros vamos á dar una vuelta. Dí á la cocinera que tenemos un convidado.

BRUNO. De confianza. Que no añada más que dos ó tres platos.

VICT. Está bien.

GAB. En marcha, tío.

BRUNO. En marcha, sobrinita.

GAB. ¡Pero qué contenta estoy!

ENR. Y yo, contentísimo. Me hacia falta tu padre. ¡Eso no es suegro! ¡Es un amigo!

GAB. ¿Quieren ustedes que bajemos por este lado? Así no hay necesidad de atravesar el jardín.

BRUNO. Como gustes.

ENR. Vamos allá. (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA VII

VICTORIA; luégo TORCUATO

VICT. Esto se llama un matrimonio modelo; desde que se casaron no han tenido el menor disgusto. ¡Ay, quién pescara un esposo como el señorito!

TORC. (Por el foro.) ¡Chits! ¡Victoria! ¡Víctoria!

VICT. ¡Que veo! ¡Don Torcuato!

TORC. (Bajando al proscenio.) ¡Silencio! ¿Y mis hijos?

VICT. En este momento acaban de salir. ¿No los ha visto usted?

TORC. No tal.

VICT. Habrá usted entrado por el jardín.

TORC. Eso es.

VICT. Y ellos salieron por allá. (Señalando por la segunda de la derecha.) Voy corriendo á avisarles.

TORC. No. Aguarda. Si les avisas no les sorprenderé, y quiero sorprenderles.

VICT. ¡Bueno!

TORC. Ahora ve á preparar...

VICT. Su habitación de usted. Sí señor.

TORC. Y otras dos del entresuelo.

VICT. ¿Cómo?

TORC. Sí: traigo huéspedes.

VICT. ¡Ah!

TORC. Corre. No te detengas.

VICT. Volando. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VIII

TORCUATO; luégo ANTONIA y DOÑA CRUZ

TORC. Tengo un miedo horrible. No sé cómo demonio voy á decir á mis hijos que yo... que su padre... En fin, tengo mucho miedo.

CRUZ. (Asomándose al foro. Vestida de viaje y con un cavá. Lo mis-

mo Antonia.) Pero oiga usted. ¿Vamos á esperar una hora en el jardín?

TORC. (Muy amable.) ¡No! Adelante. Pasen ustedes.

CRUZ. ¡Pues vaya unos misterios! ¡Cualquiera diría que tenía usted que pedir permiso para entrar en su casa!

TORC. ¿Yo? ¡Pedir permiso!

CRUZ. ¡Claro está! ¡Aguarden ustedes! ¡No entren ustedes! ¡No se muevan ustedes! ¡Pues hombre! ¡Ni que fuésemos criminales!

ANT. Tiene razón mamá. ¿No es usted mi marido?

CRUZ. ¿No es usted mi yerno?

TORC. Sí señora. Es decir: lo soy y no lo soy.

CRUZ. ¿Cómo?

TORC. Lo soy, porque hace tres días firmamos en Pau nuestro contrato matrimonial. Usted se empeñó en que antes de salir de Francia nos casásemos civilmente.

CRUZ. ¡Y tanto! A mí no me gusta perder el tiempo.

TORC. También exigió usted que se extendiera en debida forma la escritura dotal.

CRUZ. ¡Anda, anda! Pues no, que iba á casarse mi niña sin ese requisito.

TORC. ¡Doce mil duros! ¡Buen pellizco!

CRUZ. ¿Eh?

ANT. ¿Qué dice?

TORC. Nada, pimpollo mío. Nada.

CRUZ. Por consiguiente, yo soy su suegra de usted y usted el marido de mi hija.

TORC. Es verdad, pero... Tampoco es verdad, porque... en fin, desde que nos casamos, usted no se ha separado de Antonia un solo momento, y... es claro... Yo... Pues... Por eso digo que lo soy y que no lo soy.

CRUZ. Yo cumplo con mi deber de madre, caballero.

TORC. Al contrario. Usted falta á su deber.

CRUZ. Repito que tiembla usted al entrar en su casa.

TORC. Sí señora. Porque ya le dije á usted que tengo una hija, y que esa hija está casada, y que ni mi hija ni mi yerno saben una palabra de mi boda.

CRUZ. ¡Toma, toma! Usted es dueño de sus acciones.
TORC. Daca, daca; ya lo sé, señora. Pero abrigo cierto temor...
CRUZ. ¿Tiembla usted? No se parece usted á mí.
TORC. Estoy seguro que en cuanto mis hijos conozcan y traten á Antonia, y sobre todo, á usted, se alegrarán mucho de mi decisión.
CRUZ. ¡Valiente mandria!
TORC. Oiga usted. La suplico á usted suprima las indirectas.
ANT. Dispénsela usted. Es su genio.
TORC. Pues que se lo aguante su abuela.
ANT. Lo que ahora debemos hacer es descansar.
CRUZ. ¿Dónde tenemos nuestro cuarto?
TORC. He mandado preparar dos.
CRUZ. No señor. Uno.
TORC. Bueno. Uno para usted y otro para nosotros.
CRUZ. ¡Ya baja!
TORC. ¡Cómo que ya baja!
ANT. Yo no me separo de mamá.
TORC. Pero reflexiona, hija mía, que la ley me proteje.
ANT. ¡Já, já, já!
TORC. ¿Te ríes?
CRUZ. Naturalmente. Y yo también. ¡Já, já, já!
TORC. ¡Pero señora!
CRUZ. ¡Basta! ¡He dicho que no, y no!
TORC. (Esta mujer me acoquina.)
CRUZ. Condúzcanos usted á nuestras habitaciones.
TORC. ¡Victoria!

ESCENA IX

DICHOS y VICTORIA

VICT. ¡Señorito!
TORC. Acompaña á estas señoras al entresuelo.
CRUZ. ¿Es usted la doncella?
VICT. Servidora de usted.

CRUZ. Ahí fuera aguardan dos mozos con el equipaje. Que lo suban todo á nuestro cuarto.

TORC. Por la otra escalera, ¿eh?

VICT. Sí señor. (¿Quiénes serán?)

TORC. Adiós, mujercita mía.

ANT. Hasta luégo.

CRUZ. Dentro de media hora, el almuerzo.

TORC. Corriente.

CRUZ. Le advierto á usted que no me gusta esperar. (Vanse por la segunda de la izquierda.)

ESCENA X

TORCUATO

¡Dios mío, qué tarasca! Antes era muy amable, pero desde que me casé la ha tomado conmigo. Pues señor, cuanto más se acerca el momento de revelar la verdad á mis hijos, me da más miedo. Salir viudo hace once meses y volver casado y con suegra, es algo grave. ¡En fin, ya no tiene remedio!

ESCENA XI

DICHO; ENRIQUE y GABRIELA, por la segunda de la derecha.

GAB. ¡Papá! ¡Papá!

ENR. ¡Papá suegro! (Se acercan y le abrazan.)

TORC. (Ellos son.) ¡Hijos de mi alma!

GAB. Hemos visto en la puerta varios cofres y maletas...

ENR. Y en seguida dijimos:—Papá ha llegado.

GAB. ¡Papá de mi alma!

ENR. ¡Tanto tiempo sin escribirnos!

GAB. Tu última carta la hemos recibido hace media hora.

ENR. Llegó con gran retraso.

GAB. Conque vamos á ver. Siéntate. Entre nosotros. (En el sofá, á la izquierda.)

TORC. ¡Hijos de mi corazón!
GAB. ¿Te has divertido mucho?
TORC. ¡Oh! ¡Muchísimo!
ENR. ¿Dónde estuvo usted? Desde París no hemos vuelto á saber...
GAB. ¿Fuiste tal vez á Italia?
TORC. Cabal. ¡Ah! ¡Italia!
ENR. ¿Y luégo á Suiza?
TORC. Justo. ¡Ah! ¡Suiza!
GAB. Y en seguida...
TORC. ¡Eso es! ¡Ah! ¡En seguida!
ENR. ¡Si supiera usted cuánto le echábamos de menos!
TORC. ¿De veras?
ENR. Porque usted no es un suegro, sino un padre cariñoso. Y yo... usted lo sabe, detesto á los suegros, y sobre todo á las suegras.
TORC. (¡Cristo bendito!)
GAB. Ya verás qué mono he puesto tu cuartito. Todos los muebles nuevos, excepto la cama.
TORC. ¿La cama es la misma?
GAB. Cabal. Tu camita de viudo.
TORC. No sirve. Es pequeña.
GAB. ¿Pequeña? ¿Para tí solo?
TORC. ¡Hijos míos de mis entrañas! (Abrazándolos siempre.)
GAB. ¿Qué? Habla, papá.
TORC. ¡Queridísimos hijos míos!
ENR. ¡Vamos, acabe usted!
TORC. Yo... Quiero decir que la... ¡Hijos míos de mis entretelas!
GAB. ¿Qué te pasa?
ENR. ¡Parece usted turbado, inquieto! ¡Ah! Ya lo adivino.
TORC. (Dificilillo me parece.)
ENR. ¡Los recuerdos del viaje! Usted se marchó con ánimo de... ¡pues!... de correrla... ¿no es verdad?
TORC. Sí, justo. (¡Valiente correría hice!)
GAB. ¡Pero papá!
ENR. ¿Y eso qué tiene...? Tu padre es joven todavía.

TORC. Muy joven, si señor. Tú me conoces.
ENR. ¿A que se ha enamorado usted por esos mundos de algún buen palmito?
TORC. ¡Y tan bueno!
ENR. ¿Lo ves? ¡Ah, picarón! ¡Bien, bien! Ya me contará usted eso cuando estemos solos. No es conveniente que Gabriela sepa...
TORC. Al contrario. Gabriela debe saberlo todo. Y tú también.
ENR. ¿Eh?
GAB. ¿Se trata de algo grave?
TORC. ¡Y tan grave!
ENR. Explíquese usted!
TORC. Allá voy. (Levantándose.) ¡Queridísimos hijos de... (¡Que no me atrevo, ea!)
GAB. ¿Qué es esto?
ENR. Usted nos oculta algo gordo.
TORC. Gordito es, gordito.
ENR. ¿Está usted enfermo?
GAB. ¿Jugaste alguna fuerte suma?
ENR. ¿Se halla usted arruinado?
TORC. (Se les ocurren todas las calamidades menos la verdadera.) ¡No, no es eso!
ENR. Entonces...
GAB. ¡Habla por Dios, papá!
TORC. ¡Pues es... que... que me he casado! (Ya la solté.)
GAB. ¡Jesús!
ENR. ¿Que usted se ha...? (Riendo.) ¡Já, já, já! ¡Pero qué bromista ha vuelto!
TORC. ¿Bromista?
ENR. ¡Tunantón!
GAB. ¿Casarse usted?
TORC. De arriba á abajo.
ENR. Vamos, vamos, basta de burlas.
TORC. Os juro por mi honor que digo la verdad.
ENR. (Muy serio.) Por su...
GAB. ¿Será cierto?

TORC. Acabo de casarme en Pau. Yo no me atrevía á decíroslo, pero en fin...

ENR. ¿Que se ha casado usted? ¿Palabra de honor?

TORC. Palabra de honor.

ENR. Pero... Pero esto no puede ser. Esto es imposible.

GAB. ¡Que locura señor, qué locura!

TORC. ¿Y qué queréis? Mi corazón no fué dueño de reprimir sus impulsos. La conocí hace un mes en Biarritz. Sentada en la playa. Luégo nos bañamos juntos. Hacíamos la plancha todas las tardes. Lo que empezó por simpatía terminó por amor profundo, y antes de regresar... ya os lo he dicho: nos planchamos... nos casamos.

ENR. ¡Usted no podía hacerlo, señor don Torcuato!

TORC. ¿Cómo que no?

ENR. ¡Usted no tenía ningún derecho! Yo me he casado con la hija de un viudo, y este viudo no puede regalarme una suegra intrusa.

TORC. Sin embargo, cuando la conozcáis...

ENR. ¿Conocerla? ¡Quiá! No señor. Gabriela y yo nos iremos á vivir á otra parte.

GAB. ¡Enrique! Seamos indulgentes.

ENR. ¿Una suegra? ¡Jamás!

TORC. Yo te respondo de ésta. Es un ángel. Buena, cariñosa y más dulce que el arrope.

ENR. ¡Nada, nada!

TORC. Transijamos. Prueba unos días.

GAB. ¡Eso es! Probemos unos días. Demos gusto á papá. Vamos, Enrique. ¡Hazlo por mí!

ENR. Bueno. Aguardo tres días. Luégo hablaremos. (Por mala que sea no será nunca como la otra.)

GAB. ¿Dónde se halla esa señora?

TORC. Arriba: terminando su *toilette*. ¿Quiéres que la llame?

ENR. ¡No! No la moleste usted. Cuanto más tarde mejor.

TORC. Entonces acompáñame y te enseñaré los regalos que os he traído de mi viaje. Allí fuera hay un cofre lleno.

ENR. No es mal regalo el que se ha traído usted.

TORC. Te aseguro que simpatizarás con ella. Repito que es un ángel.

ENR. Lo dudo. (Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA XII

GABRIELA; luégo DOÑA CRUZ, por la segunda de la izquierda.

GAB. ¡Me parece que estoy soñando! ¡Papá casado! ¡Quién había de figurarse!

CRUZ. Pero señor, ¿dónde he puesto el paquete de horquillas? ¡Ah! Dispente usted.

GAB. ¡Señora!...

CRUZ. Buscaba á Torcuato. Pero ¡calla! Usted debe ser su hija.

GAB. Servidora de usted. (¡Dios mío! Si será ésta la...)

CRUZ. ¡Cuánto me alegro! ¡Supongo que papá le habrá dicho á usted!...

GAB. ¡Sí! En efecto,

CRUZ. Hemos llegado hace media hora.

GAB. (¡Ella es! No hay duda.)

CRUZ. Desde hoy seremos buenas amigas.

GAB. (¡Y éste era el arrope de papá!)

CRUZ. Yo no sé dónde demonios guardé las horquillas.

GAB. ¿No las encuentra usted?

CRUZ. No señora.

GAB. Permítame usted que le ofrezca otras.

CRUZ. ¡Si es usted tan amable!

GAB. Aguarde usted. (¡Pobre papá! ¡Dónde habrá tenido los ojos!) (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA XIII

DOÑA CRUZ; luégo ENRIQUE, por el foro.

CRUZ. Parece simpática. Algo ñoña y remilgada.

ENR. (Sale con varios paquetes.) Mira, mira, Gabriela.

CRUZ. ¡Qué veo!

ENR. (Viéndola y dejando caer los paquetes.) ¡Ah!

CRUZ. ¡Enrique! (Éste se sienta acometido de un gran temblor nervioso. Ambos se miran haciéndose gestos y guiños repulsivos. Juego de escena donde los dos artistas lucirán, si pueden, su talento cómico)

ENR. ¡La tarasca! ¿A qué viene usted? ¡Mis nervios se contraen! ¡La rabia empieza á dominarme!

CRUZ. ¡Caballero!

ESCENA XIV

DICHOS y GABRIELA

GAB. Aquí están las horquillas (Dando un paquete á doña Cruz.)

CRUZ. Muchísimas gracias.

ENR. (¿Eh? ¡Se conocen!) (A Gabriela.) ¿Conoces á esta mujer?

GAB. Desde hace un momento. ¿No sabes quién es?

ENR. ¿Quién?

GAB. La esposa de papá.

ENR. (Aterrado.) ¿Eh?

GAB. Este era el ángel de candor. (Vase riendo por el foro.)

ESCENA XV

ENRIQUE y DOÑA CRUZ

ENR. (Corriendo hacia ella con gesto amenazador.) ¡Ah, infame!

CRUZ. (Retrocediendo.) ¡Socorro!

ENR. (Cogiéndola de una mano.) ¡Responda usted! ¡Responda usted en seguida!

CRUZ. ¡Que me hace usted daño!

ENR. ¿Es usted su esposa?

CRUZ. (¿Si estará loco?)

ENR. ¿Se ha casado usted?

ESCENA XVI

DICHOS; BRUNO, por el foro de la derecha.

BRUNO. ¿Pero cuándo se almuerza en esta casa?
CRUZ. (Viéndolo.) ¡El tío!
BRUNO. (Viendo á doña Cruz y quedando estático.) ¡María Santísima!
ENR. Sí. ¡Es ella! ¡Y si usted supiera!...
BRUNO. ¿Qué ocurre?
ENR. ¿Ocurre?... (Yendo hacia doña Cruz, muy furioso.) ¡Cuando digo que la mato!...
CRUZ. Sujétele usted. Ese hombre está furioso.
ENR. ¡Se ha casado con mi suegro!
BRUNO. ¿Quién?
ENR. ¡Ella!
BRUNO. ¡Jesucristo! ¡Es tu resuegra!
CRUZ. ¡Yo! Yo no me he casado con nadie. Es decir, me casé hace treinta años, y aún vive mi marido.
ENR. ¿De veras?
CRUZ. ¡Y tanto!
ENR. ¡Respiro!
CRUZ. La que se ha casado es mi hija Antonia.
ENR. ¿Su hija? ¿Quién es su esposo? ¡Hable usted!
CRUZ. El dueño de esta casa.
BRUNO. ¡Tu suegro! ¡Don Torcuato!
CRUZ. ¿Cómo su suegro?
BRUNO. ¡Justo! El padre de su mujer.
CRUZ. ¡La hija de Torcuato es mi hija, y usted es el yerno de mi yerno!... (Cae desmayada.) ¡Oh!
BRUNO. ¡Se ha desmayado!
ENR. ¡Eso es mentira!
CRUZ. (Levantándose.) ¿Cómo mentira?
ENR. ¡Oiga usted bien, señora! Ni mi suegro, ni mi mujer, deben saber una palabra de nuestras antiguas relaciones. ¡Hable usted con ellos de ese asunto, y la ahogo!
CRUZ. ¿Nada más?
ENR. Vámonos, tío. Necesito respirar.

BRUNO. Sí, sí. Vámonos.

ENR. ¡No olvide usted que la ahogo! (Vanse por la segunda de la derecha.)

CRUZ. ¡Asesino! Voy á prevenir á mi hija. Es preciso que lo sepa todo. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XVII

MANUEL y VICTORIA, por el foro.

VICT. Pase usted. El señorito debe andar por ahí.

MAN. Don Enrique González, ¿no es eso?

VICT. Sí señor. Voy á avisarle.

MAN. Un momento. Dígame usted. Don Enrique se casó al fin, ¿no es verdad? Yo acabo de llegar de la Habana y desearía saber...

VICT. ¡Ya lo creo! Hace tiempo.

MAN. ¿Y la señorita, sigue tan guapa?

VICT. ¡Mucho!

MAN. ¿Se querrán con delirio?

VICT. ¡Se adoran!

MAN. (Suspira.) ¡Ah! Diga usted: ¿y la suegra?

VICT. ¿Cómo la suegra?

MAN. La madre de la señorita. ¿Sigue con aquel genio endemoniado?

VICT. ¿La madre? ¡Si la madre murió!

MAN. ¿Ha muerto la madre?

VICT. ¡Hace mil años!

MAN. (¡Qué fortuna para Enrique!)

VICT. El que vive aquí es el padre.

MAN. ¡Ah! ¿El de Filipinas?

VICT. Yo no sé si es de Filipinas.

MAN. Yo sí lo sé. Estaba allí cantando en la catedral.

VICT. Bueno. Pues ese.

MAN. Sin duda regresó á Madrid en cuanto supo la muerte de su mujer. Bien, bien: avisa á don Enrique.

VICT. Con permiso. (Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA XVIII

MANUEL; luégo TORCUATO y GABRIELA

MAN. ¿Conque murió doña Cruz? ¡Y estaba tan robusta y tan sanota!

TORC. (Con dos figuras de bronce, por el foro de la derecha.) Iremos colocándolo todo. (Saludando á Manuel.) Caballero...

MAN. ¡Caballero!

TORC. Servidor de usted.

MAN. Beso á usted la mano.

TORC. ¿Espera usted tal vez á mi yerno?

MAN. Sí señor. (Este es el sochantre.)

TORC. Creo que ha salido, pero volverá.

MAN. Tengo sumo gusto en conocer á usted. ¡Yo soy Manolito!

TORC. ¡Ah! ¡Es usted Manolito! ¡Caramba! ¡Caramba! (¿Quién será Manolito?)

MAN. He tratado mucho á su difunta esposa.

TORC. ¡Hombre, hombre!

MAN. Cuando estaba usted en la catedral.

TORC. ¿En la catedral? ¡Ah! ¡Justo! ¡Eso es! (No entiendo una palabra.)

MAN. Parece que tiene usted una magnífica voz.

TORC. ¿Yo? ¡Pchs! Se me oye muy bien.

MAN. Su esposa de usted me lo dijo muchas veces.

TORC. ¿Que yo tenía buena voz?

MAN. Sí señor.

TORC. (¿Para qué le diría eso mi mujer?) Con permiso de usted voy á colocar estas figuras... (Va al foro y las coloca sobre la mesa.)

MAN. Usted lo tiene.

TORC. (¿Quién será este hombre?)

GAB. (Por el foro de la izquierda.) ¡Papá, papá!

MAN. ¿Eh?

GAB. (Viendo á Manuel.) Dispense usted, no había reparado.
MAN. (¡Qué chica tan linda!)
GAB. Díme, papá. ¿Dónde colocamos los jarrones?
MAN. (¡Papá!)
TORC. En el invernadero. Ven conmigo. (Á Manuel.) Siéntese usted. Ya no puede tardar.
MAN. ¡Un momento! ¿Es hija de usted esta señorita?
TORC. Sí señor.
MAN. Que sea enhorabuena. (Dándole la mano.)
TORC. Muchas gracias. (Pero señor, ¿quién será?) (Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA XIX

MANUEL; luégo ANTONIA

MAN. ¿Según eso, Antonia tenía una hermana? Nunca nos habló de ella. Sin duda viviría en Filipinas con su padre.
ANT. (Por la segunda de la izquierda.) ¡Calla!
MAN. ¡Antonia!
ANT. ¡Manuel! ¿Usted aquí?
MAN. Llegué ayer de Cádiz y me apresuré á enterarme del nuevo domicilio de Enrique.
ANT. ¡Dos años sin saber de usted!
MAN. ¡Ocurrieron por allá tantas cosas! Mi pobre tío murió, nombrándome su heredero.
ANT. ¡Ah!
MAN. Sí señora. Liquidé los negros bozales y las negras marronas, y me vine á España con seis mil duritos de renta.
ANT. ¡Buena fortuna!
MAN. Por lo demás, continúo como antes. ¡Lo mismo que antes!
ANT. (Me ama todavía.) Supongo que sabrá usted ya la ocurrencia...

MAN. La... ¡Ah! ¡Sí! Acaban de decírmelo. Crea usted que la noticia me ha sorprendido mucho.

ANT. Lo comprendo. Usted no podía figurarse que aquello terminase así.

MAN. ¿Terminó pronto?

ANT. De repente.

MAN. ¡Qué lástima! ¡En fin! ¡Conformidad!

ANT. ¡Bah! Crea usted que no me apuré mucho.

MAN. ¿No, eh?

ANT. Al pronto lo sentí, como era natural, pero luégo...

MAN. ¡Tenía muy mal carácter!

ANT. ¡Oh!

MAN. ¡Siempre estaba rabiando!

ANT. Y, sobre todo, las cosas hay que tomarlas como se presentan.

MAN. ¡Caba!

ANT. ¿Que aquello quedó enterrado? Pues buenas noches. Se acabó.

MAN. *Requiescat in pace.*

ANT. Hablemos de otro asunto.

MAN. ¡Sí! ¡Sí! Es lo mejor.

ANT. ¿Supongo que estará usted enterado de lo demás?

MAN. ¿Lo demás?

ANT. ¿No le han dicho á usted que estoy casada?

MAN. ¡Ah! ¡Sí! ¡Ya lo creo!

ANT. Crea usted que lo hice por complacer á mamá. Yo no le amo, ¿sabe usted?

MAN. ¿No?

ANT. ¡Al contrario! ¡Me causa risa! Pero en fin, como es rico y me dotó bien...

MAN. ¿De veras? ¿Es rico?

ANT. ¡Mucho!

MAN. (¡Le habrá tocado la lotería!)

ANT. ¿Pero lo que no sabrá usted es el parentesco de mi marido con el otro?

MAN. ¿El otro?

ANT. ¡Pues! ¡Ya sabe usted!...

MAN. ¡Ah! ¡Sí! (No sé nada.)
ANT. Usted comprenderá que la situación es insostenible.
MAN. Claro está.
ANT. ¡Cómo habíamos de figurarnos que vivían en esta casa!
MAN. ¿Quiénes?
ANT. ¡Ellos! ¡Y que mi marido era suegro del otro!
MAN. ¡Ah! ¿Su marido de usted?
ANT. ¡Sí señor! ¡Su suegro! ¡Asómbrese usted!
MAN. (¿Qué galimatías será este?)
ANT. Con permiso de usted, voy á arreglarme un poco... Supongo que se quedará usted á comer.
MAN. Con mucho gusto.
ANT. Entonces, hasta luégo. (Corro á decir á mamá que Manuel regresó de la Habana con seis mil duros de renta. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XX

MANUEL; luégo ENRIQUE, por el foro.

MAN. Pues señor, maldito si comprendí la menor palabra.
ENR. (Dentro.) ¿Manuel? ¿En dónde está? (Sale.)
MAN. ¡Enrique!
ENR. ¡Qué sorpresa! (Se abrazan.) ¿Desde cuándo en Madrid?
MAN. Desde ayer.
ENR. Ya podías haberme escrito.
MAN. Pensé hacerlo, pero he preferido sorprenderte.
ENR. ¿Y tu tío?
MAN. Murió, dejándome su fortuna.
ENR. ¡Caramba! ¿Eres rico?
MAN. ¡Mucho!
ENR. ¡Me alegro! ¡Me alegro!
MAN. ¿Y tú? Ya sé que durante mi ausencia ocurrieron cosas graves.
ENR. ¿Quién te lo ha dicho?
MAN. Antonia.

ENR. ¿La has visto?

MAN. Hace un instante. Aquí mismo. Y á tu suegro también.

ENR. ¡Ah! ¿Luego entonces, lo sabes todo?

MAN. ¡Todo! ¡Pobre doña Cruz! ¡Por supuesto, que no la llorarías mucho tiempo!

ENR. ¿Llorarla? ¡Ay, amigo mío! Me consideraba sin ella el hombre más felíz de la tierra. Figúrate mi desesperación cuando de pronto... ¡paf! vuelve todo á su primitivo ser. (La cara de Manuel en todas estas escenas debe expresar más que la palabra.)

MAN. ¡Ya! No has ganado en el cambio. Tu suegro es también de caballería.

ENR. ¿Mi suegro? ¡Un ángel! ¡Un serafín! ¡Si no hubiese tenido la fatal idea de casarse!

MAN. ¿Cómo? ¿Se ha vuelto á casar?

ENR. Ya lo sabes.

MAN. ¡Sí! Ya lo sé. (Pues no lo sabía.)

ENR. Y á propósito. ¡Qué idea tan luminosa! Manuel, ¿quieres salvarme la vida?

MAN. ¿Yo?

ENR. Tú te marchaste hace años porque amabas á Antonia.

MAN. Cierto.

ENR. ¿La amas todavía?

MAN. ¡Hombre!

ENR. ¡Sí! ¡La amas, no lo niegues! ¡Qué idea tan magnífica! Manuel, ¡conquístala!

MAN. ¡Canario!

ENR. Eres joven, rico y guapo. ¡Róbala! ¡Llévatela á América!

MAN. Chico, chico... ¿pretenderías acaso separarte de Antonia?

ENR. A toda costa.

MAN. ¿Por qué?

ENR. ¡Toma, toma! Porque no puedo tolerar que sea la mujer de mi suegro.

MAN. De tu...

ENR. ¡Es claro!
MAN. (¡Ay Dios mío! ¡Está loco!)
ENR ¡Qué golpe, Manuel, qué golpe!
MAN. No ha sido flojo. (¡La música le trastornó sin duda!)
ENR. ¿Conque apruebas mi idea?
MAN. Sí. Pierde cuidado. (¡Pobrecillo!)
ENR. ¡Gracias, muchas gracias! ¡Ah! En cuanto á doña Cruz, la cosa es sencilla.
MAN. ¿Doña Cruz? Dejémosla descansar.
ENR. Si te molesta, al agua.
MAN. ¡Eso! ¡Al agua! (Ni muerta la perdona.) Oye, Enriquito.
ENR. ¿Qué quieres?
MAN. ¿A qué hora suele venir el médico?
ENR. ¿Qué médico?
MAN. El que te visita.
ENR. ¿A mí? Yo no tengo médico.
MAN. (¡Qué atrocidad! Ni siquiera se ha puesto en cura.)

ESCENA XXI

DICHOS; BRUNO, por el foro.

BRUNO. ¡Hola, Manolito!
MAN. ¡Don Bruno!
BRUNO. Ya sabía que andaba usted por aquí. Me lo dijo tu suegro.
ENR. ¡Oh, querido tío! Se nos ha ocurrido una idea sin rival. Manuel sigue enamorado de Antonia. Me ha prometido huir con ella.
BRUNO. ¿Es posible?
MAN. ¡Y tan posible! Verá usted. La conquisto, la robo... y al agua. Digo, á la Habana. ¿No es eso?
BRUNO. ¡Pues es verdad!
ENR. En cuanto á mi suegro, yo le obligaré á plantear el divorcio.
BRUNO. ¡Eso, eso! ¡Hágalo usted, Manuel, hágalo usted!

MAN. ¡Vaya si lo hago!
BRUNO. Figúrese usted la situación de mi pobre sobrino
MAN. ¡Ya, ya!
BRUNO. ¡Yerno de su suegro!
MAN. ¡Qué horror!
ENR. Bueno. Quédate aquí. Vamos á procurar que venga Antonia.
BRUNO. Justo. Las cosas prontas.
MAN. (Llevando aparte á Enrique.) Pero vamos á ver. Con toda seriedad. ¿De veras no amas á Antonia?
ENR. ¿Yo? ¡La odio! Vamos, tío.
MAN. (A Bruno, aparte.) Don Bruno, una palabra.
BRUNO. Diga usted.
MAN. ¿Está en su juicio? ¿Es cierto que no quiere á su mujer?
BRUNO. ¡Bah! ¡La adora! (Vanse por el foro.)

ESCENA XXII

MANUEL; luégo TORCUATO, por la segunda de la derecha.

MAN. Pero señor, ¿quién entiende esto?
TORC. (¡Calle! ¡Aún permanece aquí!)
MAN. (El padre de Antonia.)
TORC. ¿Qué es eso? ¿No ha visto usted á Enrique todavía?
MAN. Sí señor. Acabamos de separarnos. Por cierto que el estado de mi pobre amigo me ha entristecido mucho.
TORC. ¿Eh?
MAN. Diga usted: ¿desde cuándo está así?
TORC. ¿Cómo?
MAN. Así... tan... ¡vamos!... tan nervioso y tan...
TORC. ¡Ah! Ya caigo. ¡Qué quiere usted! Yo fuí la causa de esa excitación.
MAN. ¿Usted?
TORC. En cuanto supo que me había casado se volvió loco.
MAN. ¿De veras?
TORC. Como usted lo oye.

MAN. ¡Qué lástima! ¿A que no sabe usted lo que acaba de suplicarme? ¡Que robe á su mujer!

TORC. ¿A Gabriela?

MAN. No. ¡A su mujer! ¡Antonia!

TORC. ¿Cómo Antonia?

MAN. Justo. Su esposa.

TORC. No, dispense usted. Su esposa es Gabriela.

MAN. No señor, no. Antonia. Su hija de usted.

TORC. ¡Y dale! Antonia no es mi hija.

MAN. ¿Cómo que no?

TORC. No señor.

MAN. Pero, ¿no es usted el suegro de Enrique?

TORC. Sí señor, el mismo.

MAN. ¿Lo ve usted?

TORC. ¡Toma, toma!

MAN. Usted es el de Filipinas.

TORC. ¿El de Filipinas?

MAN. ¡Justo! ¡El sochantre!

TORC. ¿Cómo el sochantre?

MAN. ¡Caba! El marido de la difunta.

TORC. De la... (¡Dios mío! ¡Está loco!)

MAN. ¡Pobre doña Cruz! Crea usted que he sentido mucho su pérdida.

TORC. ¿Doña Cruz? ¡Ah, mi suegra!

MAN. ¿Cómo su suegra?

TORC. ¡Naturalmente! Siendo madre de mi mujer...

MAN. ¿Pero quién es su mujer de usted?

TORC. ¿Quién ha de ser? ¡Antonia!

MAN. ¡Ave María Purísima! ¡También está chiflado!

TORC. ¿Cómo chiflado? Usted sí que tiene la cabeza á pájaros.

MAN. Hombre, ¡por Cristo bendito! ¡Si sabré yo que Antonia es su hija de usted! ¡La esposa de Enrique! Hemos vivido juntos en la calle del Pez. Yo me marché á la Habana por... ¡en fin, qué diablo! porque estaba enamorado de Antonia, y mi honor así lo exigía.

TORC. ¡Cascarillas! ¿Usted enamorado de Antonia?

MAN. Acabo de verla aquí mismo. ¡Yo soy Manolito!

TORC. (¡Oh, qué rayo de luz!) ¿Dice usted, que usted y Enrique vivieron juntos?

MAN. Sí señor. Y doña Cruz.. que en paz descanse. Cuando yo me marché se habían tomado los dichos.

TORC. ¡Cielos!

MAN. ¡Eh?

TORC. (¡Era su antigua novia! ¡La novia de mi yerno! ¡Y se la traigo á su misma casa! ¡Horror!) Dispense usted. Es preciso que se aclare todo esto. Voy en busca de Antonia. (Y este otro enamorado de ella. ¿Dónde me he metido? (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XXIII

MANUEL; luégo GABRIELA, después ENRIQUE y BRUNO

MAN. ¡Esta casa es una grillera!

GAB. Creo que ya es hora de almorzar. (Viendo á Manuel.) ¡Ah!

MAN. (La hermana de Antonia.) ¡Señorita!

GAB. ¡Caballero!...

MAN. ¡Cuánto me alegro conocer á usted! ¡Yo soy Manolito. El amigo de Enrique. El que se fué á la Habana.

GAB. ¡Ah! Sí. Varias veces me habló de usted.

MAN. (¡Es divina!)

ENR. (Saliendo.) Venga usted, tío.

MAN. Allí le tenemos. (Habla con Gabriela.)

ENR. (Aparte á Manuel.) ¿Has visto á Antonia?

MAN. Todavía no.

ENR. ¿Pero insistes en salvarme?

MAN. Oye una cosa.

ENR. Habla.

MAN. ¿Sabes que aquella joven es hechicera?

ENR. ¿Eh?

MAN. ¡Digo que me gusta muchísimo!

ENR. ¡Zambomba! ¿También te gusta ésta? ¿Vamos á empezar otra vez?

ESCENA XXIV

DICHOS; TORCUATO, y ANTONIA, luégo DOÑA CRUZ
por la segunda de la izquierda.

TORC. Es necesario que lo aclaremos todo.
ANT. ¿Pero de qué se trata?
GAB. ¡Calle! ¿Quién es esta joven?
TORC. ¿Quién ha de ser? ¡Mi esposa!
GAB. ¿Tu esposa?
MAN. ¡Qué atrocidad! Sí es la esposa de Enrique.
GAB. No señor. Su esposa soy yo.
MAN. Estamos en Leganés. ¡Ea!
GAB. Habla, Enrique.
ENR. ¡Pues bien, sí! ¿Á qué negarlo? ¡Antonia y yo debimos casarnos hace dos años! ¡Nunca pude imaginar lo que ahora ocurre!
GAB. (Llorando.) ¡Ay, papá de mi alma!
TORC. No llores. Todo lo comprendo. Nuestra presencia aquí es imposible. (Va á la izquierda.) ¡Señora! ¡Señora! Salga usted.
CRUZ. (Saliendo.) ¿Qué ocurre?
MAN. (Muy asustado.) ¡La muerta! ¡San Francisco bendito!
CRUZ. ¡Hola, don Manuel!
MAN. Pero... ¿está usted viva?
BRUNO. ¡Sí! Viva... y coleando.
TORC. Lo sabemos todo, señora. Y bien podía usted haberme advertido que entre su hija y mi yerno mediaron íntimas relaciones.
CRUZ. ¡Ah! ¿Lo saben ustedes?
TORC. Dentro de un instante mi esposa y yo salimos de aquí.
CRUZ. ¿Dónde vamos?
TORC. Usted donde quiera. Yo me marcho solo con mi mujer.
CRUZ. ¿Usted? ¡Ya baja!
TORC. ¡Ni baja ni sube!
CRUZ. Mi hija no abandona á su madre.

ENR. (Aparte á Torcuato-) No se achique usted.
TORC. ¿Achicarme? ¡Usted me estorba y me molesta!
CRUZ. Y usted es un viejo chocho que no tolero.
GAB. ¡Ande usted con ella! (A Torcuato.)
TORC. ¿Yo chocho?
CRUZ. ¡Mónstruo! ¡Cobardón!
TORC. ¡Bruja! ¡deslenguada!
ANT. ¿Insulta usted á mi madre? ¡El divorcio, caballero!
CRUZ. ¡Eso! ¡El divorcio! Precisamente se casaron en Francia, y la ley nos ampara.
BRUNO. Le desafían á usted. (A Torcuato.)
TORC. ¿Sí? ¿Me desafían? ¡Corriente! ¡A divorciarse! ¡Hemos terminado!
CRUZ. ¡Usted nos acompañará, don Manolito!
ANT. Usted que tanto nos quiere.
CRUZ. Mañana entablamos la demanda. ¡Dentro de un mes... libres!
MAN. ¡Libres! ¡Oh, Antonia, Antonia!
CRUZ. ¿Supongo que nos llevará usted á la Habana?
MAN. En cuanto me case. (¡Allí la da el vómito, de fijo!)
CRUZ. ¡Vámonos! ¡Este hombre me horripila!
TORC. ¡Y usted me revienta!
CRUZ. ¡Vaya usted de ahí! (Se marchan por el foro.)
TORC. ¡De verano!

ESCENA ÚLTIMA

TORCUATO, ENRIQUE, BRUNO y GABRIELA

TORC. ¿Estáis contentos, hijos míos? (Abrazándolos.)
ENR. ¡Contentísimos!
GAB. Los tres solitos, ¡qué gusto!
BRUNO. Y todos los domingos, los cuatro.
GAB. Pero nada de casarse.
ENR. Siempre viudo, ¿eh?
TORC. Según y conforme. (Al público.)

Si hay por aquí un corazón
que me otorgue su pasión
y sin suegra se presente,
que lo diga francamente
antes de echar el telón.
De casarme tengo gana,
que es una cosa muy sana,
y al cabo... ¿qué ha de hacer uno?
Conque vamos, ¿no hay ninguno?
Entonces, hasta mañana.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PINA DOMINGUEZ

¡No me siga usted! Comedia original en un acto.
El viejo Telémaco. Zarzuela original en dos actos.
Sensitiva. Zarzuela original en dos actos.
El violinista. Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!. Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. Comedia en un acto.
Descarga de artilleria. Comedia original en un acto.
Por huir del vecino. Juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.° Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola. Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. Zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano. Comedia original en un acto.
La copa de plata. Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. Juguete cómico en dos actos.
Fausto. Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos. Zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco. Comedia original en tres actos.
Me es igual. Juguete cómico original en un acto.
El forastero. Juguete cómico original en tres actos.
El fogon y el ministerio. Juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo! Juguete en dos actos.
La ley del mundo. Comedia en tres actos.
Las cerezas. Juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia. Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya. Juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza. Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. Revista original en un acto.
Los dominós blancos. Comedia en tres actos.
El año sin juicio. Revista original.
Cambiar de colores. Comedia en un acto.
El doctor Ox. Zarzuela en tres actos y seis cuadros.
Los Madriles. Zarzuela original en dos actos.
Amapola. Zarzuela cómica en tres actos.

El Chiquitín de la casa. Comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo. Zarzuela original en dos actos.
(Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo. Revista original en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. Revista original en un acto.
El dinero en la mano. Comedia en dos actos.
El caballo blanco. Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. Zarzuela original en dos actos.
Las dos princesas. Zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes. Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas. Zarzuela cómica en dos actos.
¡Dígame usted, caballero! Juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!! Juguete cómico-lírico original en un acto.
¡A sangre y fuego! Juguete cómico-lírico en un acto.
El corregidor de Almagro. Zarzuela cómica en tres actos.
¡Aquí, Leon! Juguete cómico-lírico en un acto.
El espejo. Comedia original en tres actos
Armas al hombro. Juguete cómico-lírico en un acto.
¡Eh! ¡á la plaza! Revista original en un acto.
Libre y sin costas. Juguete cómico en un acto.
Las tres jaquecas. Comedia en tres actos.
Viaje á Suiza. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
El país de las gangas. Revista original en un acto.
Las mil y una noches. Cuento fantástico orignal en tres actos.
Curarse en salud. Proverbio en dos actos.
La misa del gallo. Apropósito cómico-lírico original en un acto.
Ellos y nosotros. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
Madrid—Zaragoza—Alicante. Juguete cómico en un acto.
La taberna. Melodrama en tres actos.
La cola del gato. Comedia de mágia en tres actos.
Para casa de los padres. Juguete cómico-lírico en un acto.
Vestirse de largo. Juguete original en un acto.
La ducha. Juguete cómico original en tres actos.
La feria de San Lorenzo. Zarzuela cómica en tres actos.
Agua y cuernos. Apropósito en un acto original.
El milagro de la Vírgen. Zarzuela original en tres actos.
Los Fusileros. Zarzuela en tres actos.

LA DIVA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
NINICHE. Opereta cómica en dos actos.
¡MÚSICA! ¡MÚSICA! Opereta en un acto.
CASTILLOS EN EL AIRE. Zarzuela en dos actos.
LA VIDA MADRILEÑA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
JUEGOS ICARIOS. Zarzuela cómica en un acto.
Á CASA CON MI PAPÁ. Comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO. Pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA. Revista cómica-lírica-original.
YO Y MI MAMÁ. Aprcpósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA. Juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS. Juguetc cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE. Zarzuela en dos actos.
ODETTE. Drama en tres actos..
EXPOSICION UNIVERSAL. Revista original en un acto.
¡MI MISMA CARA! Juguete cómico original en un acto.
UN CRIMEN MISTERIOSO. Juguete cómico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
LA DUCHA. Refundida en dos actos.
EL COCODRILO. Zarzuela en dos actos.
SIN EMBARGO. Juguete cómico original en un acto.
¿QUIÉN SE CASA? Juguete cómico en dos actos
CRECED Y MULTIPLICÁOS. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
LOS TRES SOMBREROS. Juguete cómico en un acto.
¡MIL DUROS Y MI MUJER! Juguete cómico original en un acto y en prosa.
EL CRIMEN DE LA CALLE DE LEGANITOS. Comedia en dos actos.
LOS BOMBONES. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
PARIS, FIN DE SIGLO. Comedia en cuatro actos.
LOS COHETES. Juguete en un acto y en prosa.
LA MUJER DE PAPÁ. Vaudeville en dos actos, prosa.
RETOLONDRÓN. Opereta cómica en un acto y en prosa.
MATRIMONIO CIVIL. Comedia en dos actos y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; del *Sr. Escribano*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.